

llevaron a José Figueres, el legendario Don Pepe, a armar una junta que dirigió heterodoxamente el país hasta las elecciones del año siguiente.

En 1949 fue abolido el ejército. Fue ésta una medida que granjeó grandes simpatías para Costa Rica en el extranjero. Los pacifistas podrían, por fin, mostrar el ejemplo de un país soberano que sobrevivía sin ejército, aparte del peculiar caso de Andorra. Bien es verdad que se mantuvo una *guardia civil*, a los meros efectos interiores, que preserva el orden y la paz. Una guardia civil que no deja, tampoco, de ser peculiar: al cesar el gobierno, con todos sus funcionarios, cesan también todos los policías, provocando una curiosa marea de cesantía no exenta de riesgos, como se podrá imaginar. Y, al revés, después de unas elecciones, todo el mundo quiere ser policía.

Los policías ticos disfrutaban de otra curiosa especificidad: la de los uniformes. O, mejor dicho, la de los no uniformes. Me explico. Los dirigentes de la policía se dirigen frecuentemente a las embajadas y les piden uniformes de los agentes de sus respectivos países. Así, es común ver a una pareja policial, deambulando por la Avenida Central, vestidos de guardias urbanos de Barcelona, de gendarmes parisinos o de policías montados del Canadá. En una especie de carnaval uniformesco, los policías ticos visiten con toda la dignidad propia de su breve —el tiempo de una legislatura— y panigado cargo.

En 1983, Costa Rica proclamó su neutralidad internacional, siguiendo los modelos sueco o austriaco, e hizo paladinaje de esa nueva situación en todos los foros internacionales. Los diplomáticos costarricenses supusieron así un nuevo punto de referencia en el denso mosaico de los organismos multilaterales; sobre todo en contraste con lo que sucedía con sus vecinos geográficos.

Desde esta postura, en 1987, el entonces presidente, Oscar Arias, pudo poner en marcha y pilotar decididamente el Plan de Contadora, iniciativa que le valió el Nobel de la Paz.

En otros aspectos, no hay que olvidar que la esclavitud nunca llegó a prosperar en Costa Rica hasta el grado de enraizamiento que alcanzó en comunidades análogas, y que la pena de muerte fue legalmente abolida hace más de cien años.

Todos estos factores de estabilidad, junto con una educación cívica que se retroalimenta sin descuido de los mismos, han propiciado un significativo grado de desarrollo social. Claro que la otra cara de la moneda es el elevado coste económico que ello supone: la economía queda dañada por los enormes déficits del sector público que deben atender continuamente a demandas sociales de alto costo.

Costa Rica es una destacada deudora, lo que no deja de provocar una cierta actitud contradictoria que las autoridades nacionales aprovechan con habilidad: «Debemos mucho dinero —arguyen— pero nos portamos muy bien». O, en otras palabras: «¿Qué prefieren ustedes, un deudor modélico o un buen pagador díscolo, incordiante y contestatario?»

Claro que la actitud tica a veces puede resultar irritante, como enervantes suelen ser los primeros de la clase. Un viejo embajador iberoamericano me comentaba, con

enfado, un día: «¡Es que estos ticos creen que su país es la Virgen María de América Latina...!».

Se non è vero —que no lo es absolutamente— *è ben trovato*. Aunque, en todo caso, hay que reconocer que no es fácil la convivencia, aún fructífera, de vergeles con volcanes, como el magnificente Poás.

Paraguay

Adelantando —en sueños— la química del tiempo ve, realizado en horas, lo que le traerá el futuro.

(Hérib Campos Cervera)

Una de las primeras sensaciones que América impone es la de grandeza. Grandeza de magnitudes en las que la naturaleza, grandiosa, juega un papel principal. Los horizontes tienen una amplitud inconmensurable. Los ríos, dimensiones talásicas. Las cordilleras se tutean con los cielos.

Aquí todo es cuantioso, todo es voluminoso. Tanto en la suerte como en la desgracia; porque cuando llueve, torrencial; la sequía, abrasa; y los terremotos no suelen quedarse por debajo de la media docena de puntos Richter.

El estereotipo *gringo* de *American is bigger* tiene también una lectura meridional. Con una medida más equilibrada; con un rasero de alguna manera más ecológico.

Paraguay, en cambio, quiebra —aunque sólo sea aparentemente— esta sensación. No se trata de un país pequeño: tiene una superficie de más de cuatrocientos mil kilómetros cuadrados; si bien ese dato es relativamente falaz, ya que casi su 60% corresponde a la región del Chaco, una zona inhóspita y prácticamente deshabitada, en el margen derecho del río Paraguay que divide el país en dos partes.

Pero la cuestión, aquí, más que de medidas es de percepciones.

En Paraguay, uno tiene la impresión de que todo resulta asequible. De que todo está como muy a mano.

Ayuda a ello el prodigioso despliegue de vegetación que adorna la capital, Asunción. Un despliegue que no resulta en absoluto agobiante: el verde le acompaña a uno, amistosamente. Puede parecer pueril decir que uno se siente como en un jardín; pero así es. El clima subtropical favorece, al menos botánicamente, un *macondismo* hospitalario. Se prodigan los naranjos; los ficus de mil especies, dimensiones y formas; el jacarandá con su espectacular floración; el lapacho, inundando con su peculiar tono rosado una atmósfera lumínica muy especial.

La belleza de las paraguayas complementa en buena medida la sensación paradisíaca. Una belleza que se exhibe, con frescura y con un punto de ingenuidad sazónada de sabia malicia, en todas partes y a todas horas; como un elemento más del paisaje, del urbanismo, todavía no estudiado en las facultades de arquitectura.

En Paraguay se siente uno, sin saber por qué, como en familia. Es un país, al menos en su sector principal, a la medida.

Esta benignidad —otra vez los contrastes americanos— se contradice con una historia que, salpicada de hechos singulares, pasa por momentos de absoluta tragedia. Una historia que, como siempre, puede explicar muchas cosas.

Hecho singular fue, a caballo entre los siglos XVII y XVIII, la existencia de las reducciones jesuíticas, fenómeno único que supuso un importante impulso de modernidad en el país. En 1609 llega a Paraguay la Compañía de Jesús. Sus despiertos miembros se dan cuenta del espectacular caudal intelectual y creativo que el mestizaje cultural puede acarrear y lo prospectan y explotan con todo interés y —todo hay que decirlo— honestidad. Para ello ponen en marcha las reducciones que —pese a su nombre aparentemente desafortunado— constituyen uno de los experimentos más apasionantes con los nativos de toda la historia del colonialismo mundial. Hasta su salida de América, debida a su expulsión por la Corona española en 1767, la Compañía pilota durante ciento cincuenta y ocho años una treintena de comunidades en las que, partiendo de una concepción entre teocrática y socializante, los indígenas, contemplados como *buenos salvajes rousseauianos*, son educados de acuerdo con los cánones clásicos. Los jesuitas llegan a prohibir la entrada de españoles en las reducciones, para que no contaminen a los nativos. Todo ello configura un ejercicio de antropología práctica que se apunta éxitos significados que todavía hoy perviven, a modo de muestra, en las magníficas iglesias levantadas, en las que se conjuga la arquitectura del post-renacimiento con elementos autóctonos (escultura, pintura, arquitectura) en una espléndida integración formal. La salida de los jesuitas supone el fin de la aventura reduccionista, que marcó una impronta importante en el desarrollo de la personalidad cultural paraguaya moderna.

Otro hecho singular, de suma relevancia, es el bilingüismo, que aquí se produce con mucha más entidad y fuerza que en ningún otro país iberoamericano. En Paraguay, todo el mundo habla guaraní. Fuera de Asunción, incluso de manera preferente. El guaraní tiene estatuto constitucional de cooficialidad y dispone de medios de difusión, teatro propio, literatura, etc. Es una lengua bella, de agradable musicalidad, propensa a la poesía, de decir suave, quedo y sugerente.

Aunque lo propio quizá sería decir que Paraguay es un país trilingüe: la tercera lengua es el alemán, que se habla en amplias zonas del Chaco.

Para poblar la región, se recurrió en 1930 a la inmigración extranjera. Una secta, los menonitas, de extracción básicamente germánica, acudió en masa, poblando su parte central, con capitalidad en Filadelfia. Los menonitas se establecieron en tres colonias: Menno, Neuland y Fernheim. Entre ellos hablan una especie de *Plattdeutsch*, cruce dialectal entre el holandés y el alemán; y no pocos se expresan en español con dificultad. Con su rigor teutón —poco proclive a los mestizajes de cualquier índole— se mantienen encastillados en sus comunidades, con sus propias escuelas, bancos, hospitales y cooperativas agrícolas.

La tragedia histórica de Paraguay consiste en haberse visto envuelto en las peores conflagraciones que asolaron el continente. Especialmente en la de la Triple Alianza.

Paraguay vive la primera etapa de su independencia —obtenida en 1811 sin que se derramara una sola gota de sangre— con relativa tranquilidad. Desde 1814 gobierna el país un ser mítico, *El Supremo*, Gaspar Rodríguez de Francia. En el poder hasta 1840, somete al país a un feroz aislamiento como respuesta a las provocaciones anexionistas de Argentina. Esta política es completamente revirada por su sucesor, Carlos Antonio López, que gobernará hasta su muerte, en 1862. Continuará su obra su hijo, el mariscal Francisco Solano López.

El mariscal, que alimentó un notable síndrome de napoleonismo, es una de las figuras más veneradas del país. Personaje de leyenda, incorpora a la misma con hálitos hagiográficos incluso a su amante, Eliza Lynch, una avispada irlandesa que contribuyó notablemente a su grandeza. Hoy descansa en el Panteón de los Héroes, una réplica muy familiar, a la paraguaya, de los Inválidos de París —de obligada visita, en un apacible extremo de la Plaza de los Héroes— junto a los restos de su padre, de dos soldados desconocidos paraguayos y del mariscal Estigarribia.

El paraguayo siente un gran respeto por sus héroes patrios. Si se repasa la nomenclatura de sus ciudades se observará un inusual número de ellas dedicadas a la memoria de militares: general Eugenio A. Garay, casi en la frontera septentrional con Bolivia; teniente Juan E. López, algo más al sur, en la ruta hacia Asunción; mariscal Estigarribia, bastantes kilómetros más abajo; Coronel Oviedo, al este de la capital; coronel Bogado, en la frontera con Brasil, apartada de las grandes rutas nacionales. Todo un escalafón, en definitiva, al que no deben ser ajenos los largos lustros de militares en el poder; si bien es cierto —en honor a la verdad— que también existe una ciudad con nombre más civil: la del doctor Pedro P. Peña, junto al río Pilcomayo.

Hasta aquí la historia paraguaya tiene un carácter profundamente literario, libresco, que incita a la fabulación de pluma fácil. Pero, a partir de aquí, cambian las tornas.

En 1865, Paraguay, por una cuestión de ocupaciones territoriales amparadas en una maraña de pactos, entra en guerra con la Triple Alianza de Brasil, Argentina y Uruguay. Un conflicto de cinco años que culmina con un verdadero holocausto de paraguayos; una espantosa carnicería que concluye con la muerte en Cerro Corá, en 1870, del mariscal López.

Las cifras son elocuentes: de una población de 800.000 paraguayos, sólo sobreviven 194.000. Pero detrás de esas cifras se esconde una tragedia mayor. De estos 194.000, sólo 14.000 son hombres, de los que únicamente 2.100 sobrepasan los veinte años de edad. Paraguay, un país de mujeres y niños, es sometido por los vencedores a todo tipo de expolios y vejaciones.

Esta situación de disminución pudo abonar que el camino hacia la recuperación nacional pasara por el calvario —demagógicamente mesiánico— de las dictaduras.